

D20
C3
V.8



FONDO EMITTIDO
VALVERDE Y TELLEZ

SOBRE LA GUERRA

Vencer é ir adelante.

FEDERICO II.

§ 1. LA GUERRA.

Cuando en un día de batalla vemos la campiña sembrada de mutilados cadáveres, de miembros magullados, y los gemidos de los heridos y la compasión de los moribundos nos recuerdan el dolor de sus padres, de sus esposas y de sus hijas, reservadas al abandono, tal vez á la miseria y ciertamente á un luto irreparable; cuando vemos destruidas las cosechas, incendiadas las casas de campo; expuestas las ciudades á los largos padecimientos de los asedios, ó á la salvaje alegría de la victoria, y abandonadas al brutal soldado las riquezas, las artes, el honor y el pudor, se estremecen la naturaleza y la humanidad, y las guerras solo parecen accesos instantáneos de una horrible enfermedad social que el estadista debe limitarse á impedir y nada mas; porque sería locura quererles aplicar el estudio ó las leyes.

Sentimiento honroso, fundado sobre la idea de la bondad humana, pero que repugna á la historia y al objeto moral de los estudios científicos, pues considera como fatal lo que, por el contrario, procede en armonía con los demas elementos sociales.

La guerra está enlazada con la política, por medio de las causas que dan derecho á declararla; con la economía pública, por el arte de conducirla; con la legislación, por las penas y recompensas militares; con la medicina, por la eleccion de los combatientes y su conservacion; con la geografía, por el conocimiento indispensable de los lugares; con las matemáticas, la mecánica y la física, por el uso y perfeccionamiento de los materiales; con las instituciones civiles, por el modo de organizar los ejércitos; con la filosofía, por el de reclutar, por los adelantos, por el arte de mantener la disciplina sin

T. VIII.

disminuir el valor y medir los grados de voluntad que conviene poner en movimiento. El estado de la milicia expresa el estado de una nacion; es la historia de la misma nacion cuando todos los poderes están reunidos en manos de uno solo; es indicio de civilizacion creciente, cuando las armas no están al arbitrio de aquel mismo que administra justicia ó da reglas de religion; es revelacion de felicidad, cuando solo sirve para conservar la paz y hacer que sus frutos no sean perturbados por enemigos exteriores ó conmociones interiores. Cambiad la constitucion de un pueblo, y cambiará tambien su modo de hacer la guerra; consiga la Rusia sujetar al terreno á los Cosacos, y se resentirá toda Europa; los ferrocarriles, la seguridad en la direccion de los globos aerostáticos, el vapor aplicado á la defensa de las fortalezas, se preparan á variar el aspecto de este arte. Un ilustre publicista napolitano puso por objeto de la legislacion proporcionar á todos seguridad y tranquilidad; y aunque es verdad que el legislador de un pueblo debe elevar mas sus miras, no hay duda que se siente mayor necesidad de seguridad cuanto mas se aumentan la civilizacion, la industria y las riquezas de un país, y que ella es condicion y consolidacion del mismo progreso. La proteccion, pues, de la guerra es necesaria para cultivar las demas artes.

La justicia misma nada vale si no está apoyada por las armas, con las cuales se pronuncian decretos mas decisivos. *Entre una batalla que se pierde y otra en que se vence, están los imperios*, decia Napoleon la vispera de la de Leipzig. La guerra, aunque horrible en sus particularidades, puede ser noble en su fin y de gran valor en sus resultados. Thiers dice sabiamente que cuando está reducida á una cje-

1

006223

cucion puramente mecánica, dirigida á rechazar ó matar á los enemigos, no es digna de la historia; pero cuando se ve en ella una masa de hombres puestos en movimiento para un sólo y vasto pensamiento, que se desarrolla entre el fragor de las armas con tanta exactitud como las operaciones de Newton ó Descartes en el silencio del gabinete, entónces es un espectáculo digno del filósofo, del hombre de Estado, del guerrero. Y si esta fusion de la muchedumbre en un solo individuo lleva la fuerza á su mas alto grado, dirigiéndola á combatir por elevados intereses, entónces llega á ser tan moral como digna de gloria, porque si bien es verdad que la fuerza ha usurpado muchas veces el nombre de derecho (1), sembrado la injusticia y traído la servidumbre, tambien dicen todas las historias que la humanidad no triunfa sino apoyándose en la victoria.

Una escuela moderna, adoradora del éxito, ha querido demostrar que la victoria siempre corresponde á la parte mejor; pero los Italianos no estamos conformes con esta máxima: sin embargo, creemos que en esta forma, que es la mas evidente de la lucha entre el espíritu y la materia, se ve cuánto puede superar aquel á esta, como que los modernos progresos de las armas nos han asegurado contra las invasiones que en otros tiempos cambiáran la faz de Europa.

En vano, pues, se querrá considerar la guerra como un estado anormal, un mero desarrollo de fuerzas, ó un oficio. La guerra es oficio para los ignorantes, y ciencia para los hombres sabios, decia Folard; y Saint-Cyr consideraba que era al mismo tiempo oficio, arte y ciencia, en la cual, como en todas las demas, los primeros conciben, operan, efectúan, y los que siguen razonan, completan y mejoran. Comparad las refriegas de los salvajes, que se atacan con ímpetu feroz, cuerpo á cuerpo y sin mas intencion que la de perjudicarse y matarse; comparad tambien los ataques ó contiendas de los héroes al frente de Tébas ó de Troya; comparadlos, repetimos, con las facciones modernas, y por ejemplo, con el paso del Danubio efectuado á principios de julio de 1809, cuando ciento cincuenta mil combatientes, procedentes de la Dalmacia, de los Pirineos y del fondo de Italia, se encontraron con sorpresa reunidos en el mismo dia para pasar sobre puentes colocados de improviso un ancho y rápido rio con cuatrocientas piezas de artilleria, y repentinamente se desplegaron en batalla sobre la izquierda en dos líneas, y cercaron los atrincheramientos

(1) Una fuerza feroz, que se dirige
Contra la humanidad, posee el mundo,
Y el nombre de Derecho osada exige.
La vigorosa mano ensangrentada
De nuestros bellicosos ascendientes
La injusticia sembró, y con sangre humana.
Nuestros padres la siguen cultivando,
Sin que la ingrata tierra en tanto tiempo
Otra mies nos produzca y siga dando.

MANZONI.

del enemigo, obligándole á cambiar de frente, dejando detras la izquierda; operacion estu- penda que no se hubiera podido ejecutar con mas precision en un campo de instruccion y con pocos batallones, y operacion que demostró los grandes y acordes progresos de la táctica, de la estrategia, de la fortificacion, de las máquinas de guerra, de la administracion militar, y tuvo por brillante resultado la victoria de Wagram. Esto nos conduce á reconocer que en la guerra se verifica principalmente lo que decia Bacon, que *la ciencia es fuerza*, y que en esta aplicacion de las ciencias exactas hay que admirar las combinaciones de la madura inteligencia de los jefes, de la energía de los combatientes, la perfeccion de las máquinas y aquella disciplina que expresa la concordia y que no puede suplirse por el valor (1).

Sus elementos son las armas, las órdenes pero sobre todo los hombres, porque en ella campean mas el poder de la voluntad humana la fuerza de las privaciones, de la obediencia de los sacrificios. Una batalla, suprema aplicacion de la inteligencia y de la voluntad provistas de la fuerza; poderosa mezcla de accion humana y de casualidad, arrebatada y trasportada á las almas mas elevadas y aun á las mas sencillas. ¿Dónde se manifiesta el heroísmo de las masas como en la guerra, cuando una juventud que tiene á la vista todas las ilusiones y esperanzas de la vida, se precipita alegremente hácia aquella muerte que hace estremecer al hombre en el lecho de prolongados é irremediables dolores?

Por esto las guerras son el objeto acostumbrado de las historias, de la inspiracion de las bellas artes, de los cantos populares, de las sociedades nuevas y de las epopeyas de las adultas, de modo que Dante creia que la lengua italiana seria perfecta cuando cantase las armas. Los nombres de los grandes guerreros se hacen célebres, tanto ó mas que los de los bienhechores del género humano; la habilidad y la fortuna militar dan mayor gloria presente y póstuma que otro cualquier mérito; no hay avaricia para recompensarlas; los Ingleses del siglo anterior computaban con agudeza cuántos millones se dieron á Marlborough, y los del nuestro los honores y las rentas concedidas á otro héroe afortunado, comparándole con el que introdujo la inoculacion de las viruelas por medio de la vacuna.

Pero precisamente porque el principal elemento de la guerra es el hombre y este tiene inteligencia, voluntad, pasiones y caprichos que pueden aumentar ó disminuir el valor positivo, decia muy bien Napoleon que la primera cualidad del militar no es la del valor. Interesa

(1) Pa arrostra la muerte el valor basta,
Empero la victoria y el reinado
Solo son para el hombre afortunado
Que las concordias ciencias de la guerra
Domina y bien aplica acá en la tierra.

MANZONI.

que el jefe principal sea filósofo para calcular prontamente la bondad y armonía de su ejército; lo que con él podrá emprender y cuanto convenga á una empresa dada contra tal enemigo; en suma, acomodar los pensamientos á la naturaleza, al número y á la eficacia de los medios de buen éxito y de los de oposicion. Tomando, pues, en consideracion al hombre, se comprende por qué tienen tantos atractivos las guerras en que un pueblo combate por sentimiento ó en propia defensa, sobre aquellas en que solo se obedece á los mandatos de un déspota, el cual puede hasta dar la órden de que se pierda la batalla. Luis XIV ordenó á Villars que acometiese á los Holandeses ó que no volviese á comparecer ante él. — « Pero pensad, señor, que este es vuestro último ejército. — No importa: no pido que derrotéis al enemigo, sino que le ataquéis. Si perdéis, dadme la noticia privadamente. Con vuestra carta en la mano recorreré Paris y mal conozco á mis Franceses si no voy á buscaros con doscientos mil soldados, con los cuales, ó venzo ó me sepulto bajo las ruinas de mi reino. »

¿Hay cosa mas horrible que este heroísmo? Si el orgullo me fascinase hasta el punto de creer que un príncipe habia de fijar sus ojos en este libro que no se ha hecho para los príncipes, quisiera recordarle que Luis al morir dijo á su hijo: *He amado mucho la guerra; no me imites en esto, ni en los enormes gastos que me costó*. De semejantes males puede un rey arrepentirse, pero no repararlos.

Por el contrario, ¿quién no siente latir su corazón conmovido por generosos afectos cuando ve á los Atenienses y Espartanos oponer sus intrépidos pechos á la invasion persa; á los Siracusanos y Numantinos rechazar hasta la muerte el yugo de Roma; á los coligados Lombardos vencer en Legnano; á los Holandeses llamar las inundaciones en auxilio de sus armas todavía inexpertas; y en nuestros dias á España en nombre de sus instituciones, Nápoles en nombre de sus reyes, la Alemania en nombre de su nacionalidad y Grecia en nombre de la Cruz, sacudir la opresion extranjera? « Una buena causa (dice Bossuet) añade á las ventajas de la guerra el valor y la confianza. La indignacion contra la injusticia aumenta la fuerza, y hace que se combata de una manera mas determinada y atrevida. Tambien puede presumir que tiene á Dios de su parte el que defiende la justicia, de la cual Dios es protector natural. Se pierde esta ventaja cuando se hace la guerra sin necesidad ó por capricho; de modo que cualquiera que sea su éxito, segun las terribles y profundas justicias de Dios que distribuye las victorias, por un órden y medios enteramente recónditos, se puede decir que siempre combatirémos con fuerzas desiguales, si no ponemos de nuestra parte la justicia (1). »

(1) « Une cause évidemment injuste est un puissant fardeau, qui entrave les opérations d'un général. L'injustice

Así se expresaba aquel elocuente prelado en la corte de un rey conquistador; nosotros lo repetimos á las generaciones venideras, para las cuales la guerra no será mas que un esfuerzo hácia la paz; lo repetimos á los pueblos debilitados por la discordia, los cuales, al ver cómo los fuertes por su union han erigido ya con sus propias manos otro Ilión, suspiran por obtener como ellos una nueva patria y reunir las ciudades hermanas dirigidas por un mismo jefe y acogidas bajo mejores auspicios; esperanza respecto de la cual debemos trabajar para trasmitirla elaborada á nuestros nietos (1).

Dos escuelas notabilísimas de nuestros dias, llamadas despues congresos, han proclamado el tiempo en que ya no existirán los ejércitos, porque la conocida utilidad del comercio y de los intereses materiales habrá enseñado á los hombres y á los gobiernos la necesidad de la paz, reduciéndose los ejércitos á tropas de industriales que irán á lejanos países para ejecutar inmensos trabajos, cortar los istmos de Suez y Panamá, enderezar el cauce de los rios, poner en comunicacion los lagos, explotar minas y desecar pantanos, á fin de que toda la faz de la tierra sea productiva para proporcionar mayores ventajas al género humano. ¡Alegres ilusiones, como las del que intentase adivinar el tiempo en que las naves no necesitarán tantas velas, porque solo soplarán ya en horas fijas el céfiro y el noto.

Mientras llega este mas deseado que probable acuerdo de los hechos, de las opiniones, del pensamiento y del poder, que perpetúe la paz verdadera y facilite los progresos de la civilizacion y del reino de Dios; mientras trasformamos la Europa su ejército permanente, agresivo por su naturaleza, en ejército nacional y acorde, milicia de pura defensa, no nos detengamos lamentando los males que todos conocen y cuyos remedios están muy léjos de nosotros y descri-

« familiarise avec la désertion; elle sanctifie le manque de zèle, sert de prétexte à la lâcheté, rend la fatigue plus importune, les dangers plus évidents, et la gloire moins chère au cœur du soldat. L'invasion du Portugal fut de la part de Napoléon un acte de violence, qui répugnait aux plus vulgaires sentiments d'humanité. Les armées françaises furent accablées par la conviction de son iniquité: les troupes anglaises regurent une nouvelle ardeur de la justice de leur cause. Toutes les nations continentales avaient été blessées par l'épée de Napoléon, mais aucune, à l'exception de la Prusse, n'était écrasée. Un sentiment commun d'humiliation, l'espoir de se venger, et les prompts subsides de l'Angleterre, étaient pour leurs gouvernements des liens plus forts que les traités les plus solennels: la France ne pouvait compter que sur leurs craintes; l'Angleterre était rassurée par leur amour propre. » — W. F. P. NAPIER, *Hist. de la guerre dans la Peninsule*. Paris. 1842.

(1) Vivite felices quibus est fortuna peracta
Jam sua! Nos aliis in fata vocamus.
Etiám Xanthi, Trojamque videtis
Quam vestre manus, facere mellioribus opto
Auspiciis.
Si quando Tyberim, vicinaque Tybridis arva
Intrato, gentique meae data mania cernam
Cognatus urbes olim, populosque
quibus idem Dardanus auctor,
Atque idem casus, unam faciemus utranque
Trojam animis; maneat nostros ea cura nepotcs.
VIRGILIO.

bámoslos, si se quiere, como una enfermedad, pero inevitable. Sin embargo, para que en medio de estas historias de docta destruccion nos sirva siempre de faro la idea moral, insertarémos á continuacion un fragmento de uno de los mas elocuentes filósofos de la edad moderna :

« Es un fenómeno digno de atencion (dice) que el arte de la guerra no tienda á degradar y hacer feroz y duro al que lo ejerce, antes bien lo perfecciona. El hombre mas honrado es ordinariamente el soldado honrado, y yo prefiero el buen sentido militar á las largas explicaciones de los hombres de negocios. En el trato ordinario de la vida, los militares son mas amables, mas condescendientes y aun mas corteses que los demas; en las tempestades políticas se manifiestan generalmente intrépidos defensores de las máximas antiguas, y los sofismas deslumbradores caen casi siempre ante sus doctrinas; se ocupan con gusto en cosas y conocimientos útiles; la única obra antigua de economía política que reconocemos es de un guerrero (Jenofonte), y la primera que se publicó en Francia era de Vauban. En ellos la religion se hermana con el honor de una manera notable, y aun cuando merezcan sus reprensiones por su conducta, no la rehusarian su espada si tuviese necesidad de ella. Se habla demasiado de la licencia de los campamentos; es muy cierto que la hay; pero el soldado ordinariamente no encuentra allí estos vicios, mas bien los lleva consigo. Un pueblo moral y austero presenta excelentes soldados, terribles solamente en la pelea; la virtud y hasta la compasion se hermanan muy bien con el valor, y lejos de debilitar al soldado, le exaltan. El cilicio de San Luis no servia de estorbo á la coraza, y Voltaire confiesa de buena fe que un ejército dispuesto á perecer por obedecer á Dios, seria invencible. Racine cuando seguia al ejército de Luis XIV como historiógrafo, escribia que jamas habia asistido á la misa en el campamento, sin ver comulgar á algun mosquetero con suma edificacion.

« No solo el estado militar se asocia perfectamente con la moralidad del hombre, sino, cosa extraordinaria, no le debilitan las virtudes de mansedumbre que parecen opuestas á su oficio. Los caracteres mas dulces aman la guerra, la desean y la hacen con pasion. Á la primera señal, aquel jóven amable, educado para abominar la violencia y la sangre, sale del hogar paterno y corre con las armas á buscar lo que llama el enemigo, sin saber todavía lo que es un enemigo. Ayer se habria desmayado si por casualidad hubiese magullado el canario de su hermana, y mañana le veréis subir sobre un monton de cadáveres para ver mas lejos, como decia Charrau : la sangre que todo lo inunda, le anima á derramar la suya y la de otros, é inflamándose poco á poco llegará hasta el entusiasmo de la mortandad.

» Pero el espectáculo de la matanza no en-

durece al verdadero soldado, y en medio de la sangre que hace derramar es humano, como es casta la esposa en los trasportes del amor. Vuelta la espada á la vaina, la santa humanidad recobra sus derechos y tal vez se encuentran entre los militares los sentimientos mas generosos. Recordemos el gran siglo de la Francia. La religion, el valor y la ciencia se habian puesto en equilibrio, y de aquí salió aquel bello carácter que todos los pueblos aclamaron como modelo del Europeo. Separad el primer elemento y desaparecerá la armonía, esto es, la belleza. No se ha meditado suficientemente cuán necesario es para todo este elemento y la parte que tiene aun en aquellas circunstancias en que los que observan con ligereza pudieran creerle extraño. El espíritu divino que se habia colocado particularmente en Europa, dulcificaba hasta los castigos de la justicia eterna, y la guerra europea siempre se señalaba en los anales. Se mataba, es cierto, se quemaba, se destruía, mil inútiles delitos se cometian tal vez; pero las campañas no principiaban hasta mayo, se acababan en diciembre, se dormia bajo de la tienda y el soldado solo combatia al soldado. Jamas estaban en guerra las naciones, y todo lo que es débil permanecia sagrado al traves de las lúgubres escenas de este azote.

» Era un magnífico espectáculo ver á todos los príncipes de Europa contenidos por no sé qué imperiosa moderacion, no pedir jamas á sus pueblos, ni aun en el instante del peligro, todo lo que de ellos se podia obtener; se servian del hombre con consideracion, y guiados por una fuerza invisible, evitaban descargar sobre la soberania enemiga uno de aquellos golpes que pueden herir de rechazo al que los da. ¡Gloria, honor, alabanza eterna á la ley de amor proclamada siempre en el centro de Europa! Ninguna nacion triunfaba de otra; la guerra antigua solo se ballaba en los libros ó entre pueblos colocados á la sombra de la muerte; una provincia, una ciudad, cualesquiera aldea, concluian las mas obstinadas guerras con solo cambiar de señor. Respetos mutuos y una finura exquisita se manifestaban entre el fragor de las armas; la bomba en el aire evitaba caer en los palacios de los reyes, y las danzas y otros espectáculos ofrecian con frecuencia alegres intermedios á las batallas. El oficial enemigo, invitado á asistir á estos festines, llegaba á hablar chanceándose sobre la batalla que daría al día siguiente, y entre los horrores de una lucha sangrienta, el oído del moribundo podia escuchar acentos de piedad y fórmulas de cortesía. Á la primera señal de la batalla se erigian hospitales por todas partes; la medicina, la cirugía y la farmacia enviaban sus numerosos alumnos, y entre ellos se elevaba el genio de San Juan de Dios y de San Vicente de Paul, mas grande, mas fuerte que el mismo hombre, constante como la fe, activo como la esperanza, industrioso como el amor. Todas las víctimas vivas eran recogidas, asistidas y consoladas; toda herida era to-

cada por la mano de la ciencia y la de la caridad...

» Terribles son las funciones del soldado; pero es preciso decir que tienden á una gran ley del mundo espiritual, y no es extraño que todas las naciones estén acordes en ver en este azote algo mas particularmente divino que en los demas; ni sin grande y profunda razon brilla en las sagradas páginas el titulo de *Dios de los ejércitos*. Pecadores, y por lo mismo desgraciados, nosotros hacemos necesarios estos males físicos y la guerra. Los hombres inculpan á los reyes, como es natural, y Horacio exclamaba :

Por los delirios de los reyes padece el pueblo ;

pero con mas justicia dijo Juan Bautista Rousseau :

De los reyes la ira arma á la tierra ;
Arma á los reyes la ira del Cielo.

» No se pierda de vista que esta ley tan terrible de la guerra solo es un capitulo de la ley general que pesa sobre el universo. En el vasto dominio de la naturaleza viviente reina una violencia manifiesta, una especie de rabia prescrita que arma á los seres *en mutua lucha*; si salimos del reino insensible, hallaremos el decreto de muerte violenta escrita en las mismas fronteras de la vida. En el reino vegetal ya principia á observarse esta ley; desde el inmenso catalpa hasta la mas humilde yerbecilla; cuántas plantas mueren y cuántas son muertas! Pero si entramos en el reino animal, la ley adquiere de pronto una espantosa evidencia. Una fuerza misteriosa y palpable á la vez se manifiesta aplicada continuamente á amenazar el principio de la vida por medios violentos: en cada gran division de este reino, se eligió un número de animales para que devorasen á los otros; hay, pues, insectos de presa; aves, peces y cuadrúpedos de rapiña, y no pasa un instante en la duracion de los tiempos en que un ser viviente no sea devorado por otro. Sobre estas numerosas razas de animales está colocado el hombre, cuya mano destructora nada economiza; mata para alimentarse, mata para vestirse, mata para adornarse, mata para atacar, mata para defenderse, mata para instruirse, mata para divertirse, mata por matar: sabe cuántos barriles de aceite le dará la cabeza del pez perro ó de la ballena; su delicado alfiler clava sobre el carton del museo la elegante mariposa que cogió al vuelo en la cima del Montblanc ó del Chimborazo; rellena de paja al cocodrilo y embalsama al colibrí; á su señal la serpiente de cascabel viene á morir en el líquido preservador que debe dejarla intacta para enseñarla luego á una multitud de curiosos. El caballo que lleva su dueño á la caza del tigre, ostenta la piel de aquella misma fiera. El hombre pide al cordero sus intestinos para hacer resonar un arpa; á la ballena sus barbas para armar el corsé de una

niña; al lobo sus dientes homicidas para bruñir las mas delicadas labores del arte; al elefante sus colmillos para formar de ellos juguetillos para los niños, y sus mesas se sirven con cadáveres. La filosofía puede aun sostener que ha sido prevista y ordenada en el gran todo esta matanza permanente.

» ¿ Esta ley se detendría al llegar al hombre? No por cierto. ¿ Pero cuál es el ser que exterminará al exterminador de todos? Él mismo: el hombre tiene el encargo de destruir al hombre. ¿ Pero cómo puede cumplir la ley, el que es ente moral y misericordioso, nacido para amar; el que llora por los demas como por sí mismo; que encuentra placer en el llanto y que hasta inventa ficciones para llorar; él á quien se ha dicho que *se le pedirá cuenta hasta de la mas mínima gota de sangre que haya derramado injustamente* (1)?

» La guerra cumplirá este decreto. ¿ No oís la tierra que clama y pide sangre? La sangre de los animales no le basta, ni tampoco la de los reos, derramada por la espada de la ley. Si la justicia humana hubiese herido á todos, ya no habria guerras; pero ella solo puede alcanzar á pocos y muchas veces aun economiza la sangre, sin sospechar que la cruel humanidad contribuiría á hacer necesaria la guerra, si otra ceguera no menos estúpida y funesta no viniese á extender por el mundo la expiacion. La tierra no ha clamado en vano; la guerra se enciende, el hombre, dominado por un furor *divino* avanza por el campo, sin ira, ni cólera, sin saber qué quiere ó qué ha de hacer (2). ¿ Qué es, pues, este terrible enigma? Nada hay mas contrario á su naturaleza; sin embargo, no le repugna, y con entusiasmo hace cosas á que tiene el mayor horror. En el campo de la muerte, el hombre jamas desobedece; nada resiste á la fuerza lo arrastra á la batalla; asesino inocente, instrumento pasivo de una tremenda mano, « se sepulta en el abismo que él mismo cavó, da y recibe la muerte sin sospechar que él mismo la ha causado. »

» De este modo desde el mosquito hasta el hombre se cumple continuamente la gran ley de la violenta destruccion de los seres; toda la tierra, continuamente impregnada de sangre es un altar inmenso, donde cuanto vive debe ser inmolado sin fin, sin medida, sin tregua, hasta la consumacion del mundo, hasta la extincion del mal, hasta la muerte de la muerte (3).

» Pero el anatema debe herir al hombre mas directa y mas visiblemente; el ángel exterminador gira como el sol al rededor de este globo infeliz y solo deja respirar una nacion para herir á otra, y cuando un delito y especialmente

(1) Génesis, IX, 5.

(2) « Oh terror! ¿ del conflicto execrable cuál la causa execrable será? No la saben: sin ira ni encono Han venido á morir y matar. »

MANZONI.

(3) SAN PABLO *ad Cor.*, I, 5, 26.